



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. III - Nº 26 Junio de 2020



*Contrastes divinamente
armónicos*

Seguridad sobrenatural

Existen determinadas figuras que nacieron para darnos en sí mismas el ejemplo de seguridad sobrenatural.

Así es como vemos a Santa Germana Cousin, pobre, huérfana de madre, aquejada de una grave afección en los huesos, delgadísima, con la mano derecha deformada, despreciada por todos, incluso por su propio padre.

Ella hubiera podido esconderse por vergüenza o ser una persona rebelde. Entretanto, se portó con extrema dignidad con la seguridad de su propio valor: ella es bautizada e hija de Dios.

La seguridad, la paz y la tranquilidad fundadas en la fe de esta santa pastora, ante una situación propia a causar aflicción, nos enseña que nuestro gran título, la gran razón de nuestra ufanía es la de ser católicos.

Que Santa Germana nos conceda la gracia de esa enorme seguridad que nuestro verdadero y único título de gloria es el de ser hijos de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana.

(Extraído de conferencia de 15/6/1967)



Samuel Holanda

Santa Germana, Catedral de Lisieux, Francia



Muerte de Santa Germana, Iglesia de Santa María Magdalena, Pribac, Francia

Ditler Descouens (CC3.0)

Sumario

Vol. III - No. 26 Junio de 2020



En la portada, imagen venerada por el Dr. Plinio desde su infancia, en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en San Pablo.

Foto: Luis C. R. Abreu

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Majestad y bondad infinitas*



PIEDAD PLINIANA

5 *Confianza ciega en Nuestra Señora*



DOÑA LUCILIA

6 *La bondad de Doña Lucilia*



SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

10 *¡El celo por tu casa me devora!*

HAGIOGRAFÍA

14 *Mártir vigoroso, varonil,
de alma inquebrantable*



SANTORAL

18 *Santos de Junio*

LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

20 *El principio de subsidiariedad*



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

31 *Altanería y estabilidad sacrales*



ÚLTIMA PÁGINA

36 *“Sean devotos de mi Inmaculado Corazón”*

Majestad y bondad infinitas

Ardoroso devoto y apóstol del Sagrado Corazón de Jesús, el Dr. Plinio se sentía transportado por los sublimes contrastes armónicos que relucían en la mentalidad del Hombre-Dios, resaltando principalmente aquellos que la Revolución procuró deturpar a lo largo de los siglos. Entre estos están la misericordia y el perdón coexistiendo con la justicia y la combatividad, como se verá en la presente edición¹.

Otro magnífico ejemplo es la alianza entre la majestad y la bondad comentada por el Dr. Plinio en cierta ocasión².

La majestad es el ápice de la grandeza. Pero no cualquier ápice de grandeza define lo que sea la majestad. La majestad es la grandeza de aquel que está puesto en una situación tal que, en un orden de cosas perfecto, posee todos los elementos necesarios para vivir y ser como debe ser; este es el primer dato determinante, sin el cual lo demás no tiene consecuencia.

Entre las impresiones que experimenté siendo niño en la iglesia del Corazón de Jesús a propósito del culto, de la liturgia, de los cánticos, del órgano, del ambiente de recogimiento, estaba, sobre todo, el amor y la veneración por la Persona de Jesús Nuestro Señor, en cuanto mostrando su Corazón a los hombres.

Me entusiasmaba la majestad de Nuestro Señor con los brazos abiertos en aquella imagen del altar de la torre, como también en la otra imagen del Sagrado Corazón de Jesús que está a la derecha del altar mayor.

Imagen muy conmovedora, noble, con el Corazón de Jesús expresando mucha bondad. Tanta grandeza misteriosa me parecía que emanaba del rojo tan bien escogido de su manto, de los ornamentos dorados, pero sobre todo de su cabeza: los cabellos, y, más que nada, su mirada y sus trazos fisonómicos. Nuestro Señor me parecía tan majestuoso y tan bueno, tan infinitamente superior a mí y, al mismo tiempo, con tanta condescendencia para conmigo, tan misericordioso, que pensaba: “¡Esto sí que es majestad! ¡Cómo me gusta esta majestad!”

Cuando tuve conocimiento de aquella invocación de las letanías del Corazón de Jesús “*Cor Iesu, majestatis infinitae, miserere nobis*”, inmediatamente la adopté y la inscribí entre mis invocaciones predilectas, ¡porque es magnífica!

En el techo de la iglesia se ve la misma majestad expresada por una pintura que representa a Nuestro Señor apareciéndose a Santa Margarita María Alacoque, con aquella frase escrita en letras doradas y fondo verde: “He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, y que fue tan poco amado por ellos.”

Nuestro Señor Jesucristo, tan majestuoso en la aparición, ¡pero siempre con una bondad extrema, como mayor no se puede concebir! Este equilibrio entre la majestad y la bondad me encantaba y me daba la idea de que el modelo más alto de majestad estaba en Él, pues siendo Rey de los reyes y Señor de todos aquellos que tienen dominio, era natural que se diese en Él una majestad de una tal elevación.

1) ¡El celo por tu casa me devora! p. 10-13.

2) Conferencia de 29/10/1985.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

Flávio Lourenço



Virgen del Amparo - Medina del Campo, España

Confianza ciega en Nuestra Señora

¡Oh Santa Señora del Amparo! poned en mi alma, totalmente carente de méritos y de fuerzas, una gracia por la cual este esclavo vuestro confíe en Vos ciegamente durante toda la vida; que haga de esta confianza ciega el camino por el cual realice mi vocación y llegue hasta Vos en el Reino de María y en el Reino de los Cielos.

Bien sabéis cómo, incontables veces, os seré tan infiel que desmereceré completamente el favor de haber sido llamado por Vos. Sin embargo, poned en mi alma la convicción de que, de antemano, ya perdonasteis todo, hasta lo inimaginable, y la certeza de que después de cada miseria, Vos abriréis para este hijo las puertas de una misericordia nueva, más rica y más insondable que la anterior.

Dadme la gracia de hacer un acto de confianza siempre que vea una infidelidad en mí o en los otros, de manera que la vida de este hijo y esclavo vuestro sea un largo e ininterrumpido acto de confianza en Vos. Amén.



La bondad de Doña Lucilia

En Doña Lucilia había una apetencia de espíritu de lo sobrenatural, porque ella quería tener su principal relación con Dios, y todos los otros afectos de ella provenían de este primer afecto. En el fondo, a quien ella más amaba era a Nuestro Señor Jesucristo. Su bondad la llevaba a considerar a las personas con mucha elevación, rodeándolas de dulzura y afecto.

Archivo Revista

Doña Lucilia fue la última siemiente del árbol de la Edad Media que, al caer al suelo, hizo germinar el futuro. Ella es un alma profundamente medieval, pero no en cuanto a una síntesis del pasado. Era llamada a ser, sobre todo, un comienzo del futuro.

Una bondad que ultrapasa la medieval

Por ejemplo, en lo tocante a la bondad. No se puede decir que su bondad fuese estrictamente medieval. La Edad Media está allí adentro, pero es una bondad que ultrapasa la medieval, es un desarrollo de la que existía en aquel período histórico. La bondad de Doña Lucilia es hecha de una elevación de espíritu que multiplica la bondad por la bondad. Me cuesta concebir cómo es que existía en la Edad Media la bondad desde este punto de vista.

En mamá había una tendencia, una apetencia del espíritu para un contacto con Dios, porque ella quería tener su principal relación con



un Ser tan elevado, noble y sublime, y todos sus otros afectos eran provenientes de ese primer afecto. En el fondo, lo que ella amaba era a Nuestro Señor Jesucristo.

Esto conducía a que toda la bondad que ella tenía fuese constituida de un modo de considerar a los otros con una elevación muy alta, rodeando de dulzura y afecto la persona a quien ella consideraba. Este afecto descendía de esa eminencia, por así decir, casi raptando a la persona hacia una esfera sobrenatural muy elevada también.

Tomemos, por ejemplo, el cántico *Anima Christi*. Existe casi una diferencia entre las palabras y el tono de voz con aquello que debe ser cantado, por un lado, y la música, por el otro. Porque hay algo de arrebatado en el estilo ignaciano de este cántico. ¡Pero existe al mismo tiempo una ternura llevada a una elevación, a una cosa que es el extremo en su género! De la elevación de quien considera la sublimidad de Nuestro Señor Jesucristo y casi la debilidad de Él.



Basílica del Sagrado Corazón de Jesús y Monasterio Paray-le-Monial, Francia



Comedor en la residencia de Doña Lucilia

En el *Anima Christi* existe una especie de compasión con que es tratado Nuestro Señor, pero, de otro lado, un arrebatamiento. Hay en eso una mezcla de veneración muy profunda y respetuosa, y de ternura que, tomando en consideración la grandeza del Redentor, pero también como llagado, tiene casi recelo de expresarse, por miedo de tocarlo de un modo insuficientemente delicado. Pero en el fondo y en el centro está la evocación de la Persona de Él y de los sentimientos que esa Persona despierta. Así, ese cántico de algún modo lo describe.

El Sagrado Corazón de Jesús era la cima de su amor

Había todo eso en el modo de ser de mamá, por donde el Sagrado Corazón de Jesús era el ápice, la cima de su amor. Eso daba la marca medieval de ella. Porque, aunque la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no hubiese nacido en la Edad Media, ella llevaba la ternura del medieval hacia Él hasta el último pun-

to. Es bonito que Nuestro Señor haya aparecido en Paray-le-Monial, cuyos orígenes se remontan a la Orden de Cluny.

La consideración de todo esto me llevaba a respetarla profundamente y, al mismo tiempo, a tener hacia ella una ternura la más delicada posible. Pero con la sensación de que todo cuanto yo hiciese no bastaba, pues ella estaba arriba de eso.

Cuando Doña Lucilia murió, sentí un doble lanzazo: de un lado, la noción de que una persona así acababa de ser, inexorablemente, “deshecha” por la justicia divina... Porque la muerte es eso. Los dos elementos constitutivos del ser humano, el alma y el cuerpo, son separados. Por tanto, en ese sentido deshecha. Por lo demás, si no fuese la resurrección, sería un absurdo. Me acordaba de una cancioncilla que se entonaba cuando las Hijas de María hacían procesión en la iglesia de Santa Cecilia: “Misteriosa justicia nos prende, sólo por hijos de la culpa de Adán; mas la ley quebrantada la anuló tu santa y feliz Concep-

ción.” Es decir, realmente es una misteriosa justicia.

De otro lado, su irreparable ausencia. Porque encontrar otra persona así... Puede tener la linterna de Diógenes que no descubre nada...

Reveses y pruebas

Poco antes de ser acometido de diabetes¹, estábamos cenando, sólo ella y yo en casa. Hablábamos, pero lo mejor de la conversación era su presencia. Por tanto, yo estaba manteniendo la prosa casi por educación, pero de hecho embelesado fantásticamente con ella.

Me acuerdo de haber pensado en esto: cómo sería difícil una madre y un hijo quererse tan bien en el mundo de hoy. Y me venía al espíritu la idea: “Esta salita de cenar es en el fondo, una especie de torreoncito donde Nuestra Señora aún conserva un pequeño resto, pero en mamá ¡un resto solar! ¿Será que está en los designios de la Providencia permitir que todo esto se disuelva con una anticipación relativamente grande de los acontecimientos previstos en Fátima?

Mamá fallece; de repente yo muero también, todo esto aquí es vendido, se dispersa, y es otra buena cosa más que desaparece en el mundo...”

Cuando me apareció la infección en el pie me acordé inmediatamente de lo que había pensado. Pasé los días en casa haciendo todo lo posible para que ella no percibiese la gravedad de mi estado de salud.

En cierta ocasión mamá estaba sentada junto a la mesa del comedor, yo pasé por el *hall* y tuve una caída sin que ella lo viese. La empleada me dijo en un tono medio atrevido y sublevado:

– Pero ¿qué es lo que tiene? ¡Cuénteles de una vez sobre el estado en que se encuentra! Yo manifesté mi disgusto y afirmé:

– ¿No está viendo que no quiero disgustarla?

– Pero así, ¿hasta ese punto?

– Hasta ese punto. Quien gradúa eso soy yo.

Entré en la sala pensando: “Lo que había previsto se está realizando. Esto que tengo aquí es una gangrena.” Mandé llamar a los médicos y entré en un túnel. Pensé: “Un vendaval me va a tomar y ella morirá por estos días...”

Quedaba transido de pena al pensar lo que podría suceder si yo muriese antes que ella. Y me ponía el siguiente problema: ¿Recomiendo que no le digan que fallecí? Porque el problema se establecía. Es decir, para que no le comunicaran que yo había muerto tenía que entrar por el camino de las mentiras. Mas ella, en el estado en que se encontraba, ¿tenía derecho a la verdad?

Pero, de otro lado, si Dios la quería probar, ¿tenía yo el derecho de ahorrarle esa prueba? Es decir... ¡una cosa tremenda!

La silla de ruedas de Doña Lucilia

Cuando me avisaron que ella estaba muriendo, yo acababa de desayunar y de leer el periódico. Me dirigí al cuarto de ella tan rápido cuanto mis condiciones físicas lo permitían y, al llegar, ella ya estaba muerta. Lloré mucho y, al fin de cuentas, fui a mi cuarto. Inexplicablemente, – creo que fue una gracia obtenida por ella – me invadió una paz, una tranquilidad que era casi una alegría.

Fui al cementerio para el entierro, pero no me atreví a ir hasta la sepultura.

Al día siguiente partí a nuestra Sede, en Amparo, volviendo de allá para la Misa del séptimo día durante la cual se dio el fenómeno de un rayo de sol sobre unas orquídeas, que

tomé como siendo la señal pedida por mí a Nuestra Señora de que mamá no estaba más en el Purgatorio.

Me acuerdo, por ejemplo, de una bagatela. A mí me desagradaba mucho la silla de ruedas de ella. A mí me hubiera gustado que mamá caminase. El pasito de ella era una de las muchas cosas que me encantaban. ¡Cómo ella conseguía caminar con gravedad y con un pasito rápido! Doña Lucilia era muy grave en lo que ella hacía, pero rápida en el andar. No sé cómo ella conciliaba eso.

A pesar de lo antigua y de ya no usarse más sillas de ruedas de aquel tipo, por ser más altas tenían más dignidad que las de los modelos recientes. Y yo no quería verla metida en esas sillas mucho mejores, pero menos dignas. Entonces conseguí esa misma, en la que mamá, quedaba más alta.

Cuando ella murió, mandé devolver la silla de ruedas a la Santa Casa y pagar el alquiler. Unos cinco días después, comencé a sentir “saudades” de la silla de ruedas y ordené preguntar a la Santa Casa si podían vendérmela.

Son recuerdos que me dicen mucho. Aunque el retroceso del tiempo, en este caso, no mejore la perspectiva, ni me lleve a quererla mejor por causa de eso, por algunos lados invita a una actitud más admirativa con relación a mamá. ❖

(Extraída de conferencia de 20/4/1991)



Archivo Feminista

1) En diciembre de 1967, como consecuencia de una grave crisis de diabetes, el Dr. Plinio tuvo una gangrena en su pie derecho, siendo sometido a una cirugía en el Hospital Sirio Libanés en San Pablo, para descubrir la infección.

¡El celo por tu casa me devora!

En su elevada devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, el Dr. Plinio aspiró, tanto a la bondad y la misericordia hacia los pecadores verdaderamente arrepentidos, como al celo ardiente por la defensa de la Iglesia y de la Civilización Cristiana.

En la conducción de la Contra-Revolución, como ha sido conducida históricamente a lo largo de los años por mí, entra algo que se puede decir que es obra de un pensamiento, pero también de una guerra, en el sentido *psywar* evidentemente, pero es una guerra hasta en la concepción más elevada de la palabra.

Postura delante del combate

Así, toda la tenacidad, la confianza, la esperanza, el modo, en fin, todo cuanto yo pude haber puesto de aptitudes para la conducción de esa larga acción fue inspirado por un determinado espíritu.

Imaginen un cruzado cuyo espíritu haya sido formado en la Iglesia del Corazón de Jesús, que recibió gracias análogas, y entró impetuosamente en la Cruzada queriendo defender lo que los adversarios deseaban destruir, con el deseo de triunfar. Como un cruzado que parte para la guerra santa.

Ese cruzado tendría al mismo tiempo una carga de afecto, de bondad, de dulzura casi iluminados, en el mejor y más auténtico sentido de la palabra. Por lo tanto, no entraría en el combate por antipatía: “¡Eso turcos no me dejan en paz... Voy a acabarlos! ¡Eso árabes miserables!”

Nada de condiciones de esa naturaleza, sino otra postura: Yo aceptaría todo de ellos, no querría nada desde que no tocasen en ese punto, no trabajen para la destrucción de ese punto. Al contrario, si asumen ese espíritu, serían mis amigos, mis hermanos y mis hijos.

Yo veo cómo el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María los atraen, por donde salen de sus almas como que ganchos pasibles de ser elevados, noto que aún pueden ser atraídos y, con toda el alma, yo los quiero por ese motivo.



Sagrado Corazón de Jesús,
Iglesia de Santa Teresita,
San Pablo

Pero sucede que, por culpa de ellos – porque no se hace una cosa de esas sin culpa gravísima –, se pusieron en la enemistad mas implacable con quien los ama y para cuyo amor ellos existen: el Sagrado Corazón de Jesús, el Inmaculado Corazón de María, la Santa Iglesia Católica.

Es el odio revolucionario que corresponde al rechazo completo, al cierre total, con una cierta carga de

pecado contra el Espíritu Santo, en relación al cual es difícil que haya un arrepentimiento. Y, por tanto, ellos están en esa ceguera, agresivos y sirviendo de instrumentos para el peor enemigo de la Cristianidad. Y mientras permanezcan así, yo los odio con toda la intensidad con la cual los amaría. Y mientras ellos ataquen, luchen, rechacen el amor que es contrario a ellos, yo realmente quiero liquidarlos y exterminarlos. Y ese querer toma mi persona por completo: *Zelus domus tuae, Domine, comedit me (Sal 68, 10)* – ¡Señor, el celo por tu casa me devora!

O sea, yo quiero tanto que no tengo un instante, un pensamiento, soy incapaz de hacer cualquier cosa, incluso una broma en que no se encuentre como causa remota, por lo menos, el deseo de exterminarlos. De manera que de esa raíz de pecado y de maldición no quede nada, para que el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María reinen, porque necesitan reinar.

La verdadera combatividad

Por tanto, implacabilidades inagotables, totalidades de propósitos belige-



El Dr. Plinio en enero de 1994

Archivo Revista



SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

rantes irreductibles y un gusto por las cosas más intensas. Y, en la medida en que sea operacionalmente útil, encanto por la proeza. Pero la proeza, no puede ser vista sólo como una obra de arte, ni como una actitud, yo casi diría, escultóricamente bonita. No. Ella es bella en la medida en que sea conducto hacia el amor al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. Fuera de eso, no me vengan con cuentos, porque no me interesa. No estoy para perder el tiempo con fanfarronadas ni cosas análogas. Soy un hombre tranquilo y sensato, y sólo hago eso en la medida en que sea con respecto a Nuestro Señor, a Nuestra Señora y a la Iglesia, porque, de lo contrario, yo no lo haría. Pero al servicio de ellos hago cualquier cosa y voy hasta el final.

Si quieren llamar a eso de fanatismo, cierren la boca y punto. No tengo que darle satisfacción a nadie. Soy contrario a esos también y no me incomoda ser un verdadero millonario en enemigos, es decir que tiene enemigos como otros poseen millones de dólares, desde que yo pueda obtener esa victoria.

El *pulchrum* de esto viene de la belleza infinita del Sagrado Corazón de Jesús y de la belleza insondable del Inmaculado Corazón de María. Ellos tienen una pulcritud moral que, pasando por esos reflejos, se muestran más bellos aún. Si hiciésemos una letanía del Corazón de Jesús, incluiríamos otras invocaciones. Y, por lo tanto, al lado de “Corazón de Jesús, fuente de toda consolación”, yo pondría: “Corazón de Jesús, fuente de toda combatividad inexpugnable”; “Corazón de Jesús, fuente de toda incompatibilidad irremediable”; “Corazón de Jesús, fuente de la guerra santa, iten piedad de nosotros y dadnos fuerzas!”

Es una combatividad que no es como la de Bismarck¹, ni de Moltke². Yo elogio mucho aquel *vorwärts* (hacia adelante, avance) de Moltke. Pero, al pasar por mi alma, adelante van Él y Ella. Es una cosa completamente diferente. Y el *vorwärts* de Él y de Ella es un avance de otra índole.

Tengo ganas de llorar cuando oigo a alguien decir, por ejemplo, “el Dr. Plinio es combativo”, entendiendo mal el significado de esa palabra. Yo sé que soy combativo, pero eso no dice nada. ¿Será que no perciben cuál es el punto de partida de esa combatividad? He aquí lo que se debería ver, y no se ve: el Santísimo Sacramento, Nuestro Señor realmente presente entre nosotros. Si tocan esto, la combatividad no es la misma que la de un hombre que está defendiendo un cofre. Sería comparar esto con formas erradas de combatividad.

Abundancia, precisión y riqueza de las observaciones del Dr. Plinio

Otro aspecto es el del pensamiento. Pero es el mismo punto de partida. La inocencia primera, el gusto de todas las cosas que nosotros hemos proclamado, es apenas una disposición de alma que, llevada hasta las últimas consecuencias y puesta delante de esos datos sobrenaturales, se entrega a lo sobrenatural enteramente como siendo la cumbre de lo que existe, lo cual, si es negado, todo el resto pierde el sentido.

Para mí todo se desharía, nada tendría significado. Ninguna cosa bella me sería atrayente y nada de hediondo me sería repulsivo, si esa cumbre no existiese, porque, de hecho, sólo amo eso, y sólo eso me explica.

Examinen todo lo que conocen de mí, en mi pasado. Personas que me conocen hace tantos años presenciaron hechos, dichos míos, expresiones fisonómicas, afirmaciones, me vieron avanzar, retroceder, descansar, raras veces bromear un poquito, afable, dormir. A esas personas pregunto: ¿En qué, una vez y al menos un poco, notaron que yo, en el fondo, no tenía esto en vista? Por ejemplo, mamá. Yo la quería tanto, y en el momento en que me refiero a ella ya la estoy queriendo bien. Pero en realidad, yo la amaba a ella en esa cumbre. Si su alma no fuese como que un relicario de esto, yo tendría el afecto y respeto debidos a mi madre, pero no el afecto y el respeto que le tengo, viendo en ella todo esto.

Es muy bonito armonizar el pensamiento a la acción, la meditación a la observación. La observación enriquece la meditación y ésta esclarece la observación; eso forma un círculo muy bonito. Esas cosas para mí son verdaderas, pero vacías. No me moverían.

Pero si la meditación y el pensamiento están inspirados en el Sagrado Corazón de Jesús, en el Sapien-

Archivo Revista



El Dr. Plinio en noviembre de 1990

cial e Inmaculado Corazón de María, si tienen como punto de partida, como inspiración, como contenido, como dinamismo y punto de llegada esa cumbre, entonces me explico. Porque yo soy un hombre muy observador, pero en función de ese punto. Si no es en función de eso, no me interesa.

Eso explica la abundancia, la precisión y la riqueza de mis observaciones. Porque es a partir de ese punto donde se observa que las cosas toman su fisonomía y se explican. Así vale la pena observar, porque ellas no se explican ni se clasifican sin eso.

Alguien me puede decir: “Usted es muy inteligente, vea cuántas cosas observa”. Sobre todo, fui favorecido con esa gracia. Observo con criterio verdadero, a partir del único criterio, del único punto de vista, del único elemento selectivo, y este lo tengo rebotante porque Nuestra Señora tuvo la misericordia de darme la idea de decir “*Salve Regina, Mater Misericordiae*”, y me sonrió. Todo vino de la bondad de Ella.

Esclavo de los Sagrados Corazones de Jesús y de María

Noten como de tal manera quiero exaltar el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María que, poco a poco, fui dejando de hablar de la Iglesia Católica, para dejar este punto bien claro. Pero fue la Santa Iglesia que me transmitió esa fisonomía, que adquirí un reflejo de esa fisonomía. Sin ella, yo no tendría eso de ningún modo. Pero yo quería que la fisonomía moral del Sagrado Corazón de Jesús y del Corazón Inmaculado de María fuese bien resaltada, antes de que nuestra atención se pusiese debidamente, en esos otros elementos.

Como hombre de acción, yo me veo como un esclavo del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María que no tiene vo-

luntad y hace, a todo momento, lo que es necesario para que Ellos triunfen; sin preferencias, idiosincrasias, amores propios, sin rechazar ninguna humillación, sin huir ante ningún rebajamiento, sin disputar ninguna honra. Siempre que no sea una auto-demolición, la cual moralmente no puedo practicar, yo cedo de buena gana, desde luego, tanto cuanto quieran.

Aquello que llaman habilidad, vista del lado de la voluntad y, sobre todo, una flexibilidad para nunca hacer lo que gustaría, pero sí el deber del momento. Avanzar, retroceder, encontrar una forma, embestir, etc., enteramente inflexible. ¡La única cosa que me preocupa es que aquel amor venza!

Quien me conoce puede dar testimonio. Nunca me vieron hacer algo sin tener eso por meta. Pero también, así que perciba que haya ventaja para la Causa Católica, hago sin retrasar ni anticipar inútilmente. Estar perdiendo el tiempo ociosamente, por ejemplo, hojeando una enciclopedia y por eso decir “esperen que ya voy”, nunca vieron nada parecido a eso.

¿Eso es bonito porque caracteriza un hombre muy capaz? Vamos a dejar al hombre capaz de lado. Hay capacidades dentro de eso, veo bien, pero eso no es nada. Lo que vale es el amor con que es hecho eso, o sea, valen Aquellos a quienes yo amo. Ahí estoy explicado. Si en algo no soy así, pido a Nuestra Señora que me perdone, pero no veo en que no lo sea.



Inmaculado Corazón de María – Parroquia de la Santísima Trinidad, Fiesso d'Artico, Italia

Está resumido, dicho en dos palabras lo que era necesario decir. No tengo el mínimo recelo de que alguien este tentado creyendo que es presunción de mi parte. Mi posición es muy simple: es el alma sedienta de conocer la perfección suprema y, habiéndola conocido, adherir a ella enteramente. Hay, por lo tanto, una sed de perfección y de encontrar la fuente de agua viva en la cual la persona mata la sed. Entonces, si yo la encontré, no huyo. Aquí vivo, aquí muero. ¡Es esto! ❖

(Extraído de conferencia de 2/11/1985)

- 1) Otto Eduard Leopold von Bismarck-Schönhausen (*1815 - +1898). Estadista prusiano
- 2) Helmuth Johannes Ludwing von Moltke (*1848 - +1916). General, jefe de Estado-Mayor de Alemania entre 1906 y 1914.



Mártir vigoroso, varonil, de alma inquebrantable



Manuel Panselinos (CC3.0)

El suplicio y la varonilidad de San Artemio sirvieron de estímulo a personas que nunca imaginó que pudieran existir. Probablemente, también los católicos de los últimos tiempos encontrarán consuelo al meditar en nuestras luchas y sufrimientos.

Tenemos una ficha biográfica de San Artemio, mártir, para comentar. Comandante de las fuerzas imperiales, ocupó bajo Constantino Magno puestos de honra en el ejército. Juliano el Apóstata, que había levantado una gran persecución contra los cristianos, lo mandó a degollar. Sobre él dice el P. Rohrbacher¹:

Gobernador de Egipto y de Siria

Mientras los dos sacerdotes, Eugenio y Macario, eran llevados al suplicio, un oficial que había permanecido

al lado del emperador se levantó y se dirigió a él:

“¿Por qué torturas tan cruelmente a esos santos hombres consagrados a Dios?”. No os olvidéis que también sois hombre, sujeto a las mismas miserias. Si Dios os constituyó emperador, si recibisteis de Dios el imperio, tomad cautela para que satanás, que pidió y obtuvo permiso para tentar a Job, no haya pedido y obtenido permiso para usaros contra nosotros, a fin de pasar por el cedazo el trigo de Cristo y sembrar la cizaña por todas partes. Pero su empresa resultará vana, no tiene el mismo poder antiguo. Desde que

Cristo vino y fue erguido en la cruz, cayó el orgullo de los demonios, su poder fue pisoteado. No os engañéis, oh emperador, no persigáis a los cristianos protegidos por Dios, por amor a los demonios. Pues el poder de Cristo es invencible. Vos mismo os asegurasteis de esto.”

Al oír estas palabras, Juliano, fuera de sí exclamó: “¿Quién es el impío que osa usar semejante lenguaje en nuestro tribunal?”

Un alguacil respondió: “Señor, es el Duque de Alejandría de Egipto”.

En efecto, era Artemio Gobernador de Egipto y también de Siria desde hacía largos años, y que acababa de traer

para Juliano las tropas de dos provincias a fin de que sirvieran en la guerra contra Persia.

Juliano prosiguió: “¿Cómo? ¿Es Artemio? Ordeno que lo despojen de sus dignidades y de sus ropas, y que sea inmediatamente castigado por las palabras que acaba de pronunciar”.

Después de haber sido desnudado, el mártir fue amarrado de pies y manos con cuerdas por los verdugos. Estos lo extendieron en el suelo y le azotaron el vientre y las espaldas con nervios de buey, durante un espacio de tiempo tan largo, que fueron obligados a alternarse cuatro veces. Sin embargo, Artemio no soltó un único suspiro, ni su rostro se alteró. Se diría que no era él quien sufría, sino otra persona cualquiera.

Todos los asistentes estaban sorprendidos y el propio Juliano no escondía su admiración.

La idolatría sería irremediablemente destruida

Llevados a la prisión, los tres mártires se dirigieron a ella entonando alabanzas a Dios. Artemio se decía a sí mismo: “Ahora los estigmas de Cristo están impresos en tu cuerpo; sólo falta que des tu alma, tu vida y el resto de tu sangre.”

Después de muchas tentativas infructíferas, por medio de torturas y argumentos, para llevar a San Artemio a apostatar, Juliano lo condenó a la decapitación.

Antes de ser ejecutado, el mártir pidió unos momentos para orar. Agradeció a Dios la gracia de sufrir por la gloria de su divino nombre y le suplicó que se compadeciese de su Iglesia, amenazada con terribles calamidades por el apóstata Juliano:

“Vuestros altares serán destruidos, vuestro santuario profanado, la sangre de vuestra alianza menospreciada por causa de nuestros pecados y de las blasfemias que Arrio vomitó contra Vos, Hijo Unigénito, y contra vuestro Espíritu Santo, separándoos de la consubstancialidad del Padre y suponiéndoos extraño a su naturaleza; afirmando que sois criatura, al

Autor de toda la creación; subordinándoos al tiempo, a Vos que hicisteis los siglos y, diciendo: ‘Era el Hijo que no era’, llamándoos de hijo de la voluntad”.

Después de doblar tres veces la rodilla vuelto hacia el Oriente, nuevamente el mártir oró, diciendo: Dios de Dios, sólo uno, Rey de Rey, Vos que estáis sentado a la derecha de Dios Padre que os engendró, que vinisteis a la tierra para la salvación de todos nosotros, Vos que sois la corona de los que combaten por la piedad, oíd favorablemente a vuestro humilde e indigno siervo y recibid mi alma en paz.”

Una voz le respondió desde el cielo que su oración sería oída; además le dijo que el emperador apóstata perecería en Persia, que tendría un sucesor cristiano y, que la idolatría sería irremediablemente destruida. Después de oír estas palabras, lleno de alegría, Artemio presentó la cabeza a la espada.

Católico combativo que agrede, toma la iniciativa e interpela

Vamos a recomponer un poco la escena para dar todo el relieve que la narración precisa.

Imaginemos una tribuna imperial alta en un circo romano, con columnas, cubierta con un tejido precioso, y el emperador sentado en una especie de trono, naturalmente con todo su personal de servicio por detrás suyo, flabelleros que se agitan, para impedir que las moscas se posen en él, una serie de dignatarios dentro de la tribuna; y, el pueblo llenando todo el resto del teatro o del circo. Probablemente, como eran los espectáculos, es decir, con las tribunas necesarias para los nobles, para los burgueses y la plebe. Creo que ya no existían los lugares para las vestales, pues se habían extinguido.

Al lado, un oficial revestido con el traje propio de los oficiales romanos, con capacete, coraza y armas, junto al emperador. Ese oficial es un hombre de alta categoría. La ficha habla

de Duque... es un anacronismo ya que no existían aún los duques, pero debía ser un jefe de dos importantísimas unidades del imperio romano, que llegaba a Roma trayendo tropas para ser utilizadas en la lucha contra Persia. Él estaba por lo tanto en la tribuna imperial, quizá mucho más como una distinción que propiamente en funciones de guardia del cuerpo del emperador. Era un huésped de honra.

Mientras dos sacerdotes están siendo martirizados y el pueblo mi-



Juliano, el Apóstata, Museo de Cluny, Francia



WAG (CC3.0)



Juliano, el Apóstata, presidiendo una conferencia de sectarios – Walker Art Gallery, Liverpool, Reino Unido

rando aquello con una alegría propia de hienas y de chacales, ese hombre se levanta en cierto momento: es Artemio, quien dirige un apóstrofe magnífico al emperador que, aun siendo un individuo odioso e impulsivo, no profiere una sola palabra y lo deja decir todo lo que quiera.

Las palabras de San Artemio muestran bien el carácter del católico combativo, que no se limita a dejarse matar, sino que agrade, toma la iniciativa e interpela. El resultado es que, en vez de dar razones, el emperador pregunta quién es él, e informado manda torturarlo para ver si apostata. No dando resultado la tortura, ordena matarlo.

La principal fuerza de la herejía y del mal está en el demonio.

El apóstrofe del santo mártir merece ser considerado un poco más detenidamente.

En la primera parte, pregunta al emperador cuál es la razón por la cual él tortura a esos hombres santos. Sabiendo que el emperador no tiene motivos para torturarlos, San Artemio le advierte que tenga cuidado, pues él, Juliano, está siendo instrumento de satanás para perseguir a la Iglesia Católica. Pondera que no adelanta perseguirla, pues el poder de

los demonios fue quebrado después de que Nuestro Señor Jesucristo fue elevado a lo alto, o sea crucificado. El poder de las tinieblas está quebrado y toda la obra que busque contener al cristianismo fracasará, ya que el demonio no tiene más la fuerza antigua.

Veamos la bella concepción presente por detrás de esto: la principal fuerza de la herejía y del mal está en el demonio, cuya fuerza, una vez quebrada, también queda rota la fuerza del mal. Ésta es una concepción muy de nuestro agrado, eminentemente nuestra y muy profunda. Después, continúa afir-

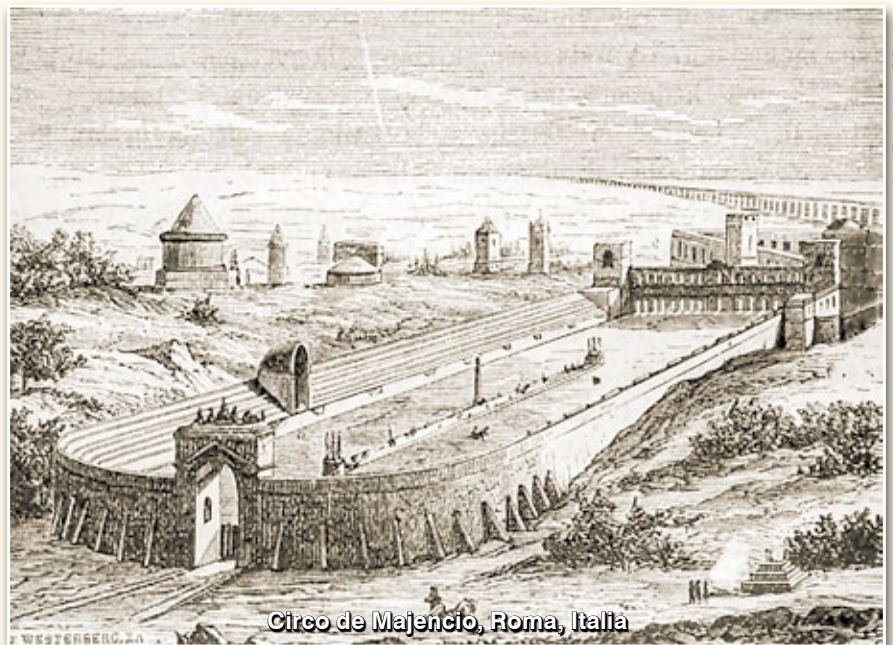
mando que el emperador está haciendo una obra inútil, además de injusta, porque va a ser derrotado.

Entonces, el emperador interviene y manda prenderlo.

Se podría decir que otra escena se abre en ése o en otro circo romano: San Artemio está siendo martirizado y hace una oración. Una voz del cielo le dice algo. Podemos imaginar el silencio en las graderías y en la arena; aquel hombre vigoroso, varonil, de alma inquebrantable, pide licencia para hacer una oración y la recita en voz alta.

El esquema de la oración de San Artemio es el siguiente: declara que la persecución sufrida por la Iglesia es un castigo a causa de la herejía de Arrio. Pronuncia un durísimo acto de increpación contra la herejía arriana. ¿Cuál es el fundamento de esa concepción de él? ¿Cómo se puede comprender que la Iglesia esté sufriendo el castigo por una herejía condenada por ella?

La respuesta es muy simple: la Iglesia la condenó a duras penas; la masa casi completa de los católicos se volvió arriana. Fue San Jerónimo, si no me engaño, quien dijo: el mundo, de repente, despertó y percibió que se había vuelto arriano. Para que el arrianismo



Circo de Maxencio, Roma, Italia

Axel Bergholm (CC3.0)



Martirio de San Artemio – Biblioteca del Vaticano

fuera derrotado fue necesaria una lucha tremenda, durante la cual los santos fueron perseguidos, se vertió mucha sangre y el mundo no se convirtió enteramente de esa herejía. Después apareció el semi arrianismo, que era una tentativa de restaurar la herejía de Arrio.

Auxilio para los católicos de los últimos tiempos

Finalmente, la voz venida del cielo le asegura la muerte de Juliano, que sería sucedido por un emperador cristiano y la idolatría sería irremediabilmente destruida. O sea, el castigo purificador venía a pesar de todo. Es posible que hubiese otras crisis todavía, pero la idolatría no renacería más.

Habiendo oído esto, San Artemio hizo más o menos como Simeón,

quien dijo: “Ahora, Señor, podéis llevar a vuestro siervo en paz, porque mis ojos han visto al Salvador del mundo” (cfr. Luc. 2, 29-30). El mártir pensó seguramente: “Señor, ahora podéis mandar en paz a vuestro siervo, porque estos oídos oyeron el anuncio de la derrota de aquel que es la causa de todos los flagelos y la afirmación de esa victoria.” Inclino la cabeza y fue decapitado. Murió en paz.

Lo que San Artemio no vio ni supo es que tantos siglos después, su suplicio y su varonilidad servirían de estímulo a personas y naciones, las cuales nunca imaginó que pudiesen llegar a existir.

Así son las cosas en la Santa Iglesia: nosotros sufrimos y luchamos hoy, pero no sabemos de qué auxilio esos sufrimientos serán para los católicos de

los últimos tiempos, cuya aflicción será suprema, cuando al fin de cuentas estén esperando que llegue la hora de Nuestro Señor. Tal vez ellos meditarán en nuestras luchas, en nuestros sufrimientos, en nuestra espera por la realización de las promesas de Fátima y, encontrarán en lo que hacemos, un consuelo que nosotros mismos no sentimos, pero que sus almas recibirán por nuestra acción. ❖

(Extraído de conferencia de 19/10/1966)

1) Cfr. ROHRBACHER, René François, *Vida dos Santos*. São Paulo; Editora das Américas, 1959. v. XVIII, p. 355-362.

SANTORAL

Toby Hudson (CC3.0)



1. **San Justino**, mártir (†c. 165).
2. **Santos Marcelino y Pedro**, mártires († 304).
3. **San Carlos Lwanga y doce compañeros**, mártires († 1886).
4. **San Francisco Caracciolo**, presbítero († 1608). Fundador de la Congregación de los Clérigos Regulares Menores.
5. **San Bonifacio**, obispo y mártir († 754).
San Lucas Vu Ba Loan, presbítero y mártir († 1840). En Hanoi, Tonkín, (actual Vietnam) fue degollado por el Emperador Minh Mang por profesar la Fe.
6. **San Artemio**, mártir († 302). *Ver página 14.*
7. **Santísima Trinidad**
San Antonio María Gianelli, obispo († 1846). Fundador de las Hijas de María Santísima del Huerto (Gianellinas).
8. **San Efrén**, diácono y doctor de la Iglesia († 378).
9. **San José de Anchieta**, presbítero († 1597).
10. **San Bogumilo**, obispo († 1182). Renunció a la sede episcopal de Gniez-

no, Polonia, y siguió la vida eremítica en suprema austeridad, en un lugar desierto cerca de Dobrow.

11. **San Bernabé**, Apóstol (†s. I).
San Juan González de Castrillo, presbítero († 1479). Religioso de la Orden de los Eremitas de San Agustín, en Salamanca, España, ardoroso devoto de la Eucaristía, incansable promotor de la armonía social.

12. **Beata Mercedes María de Jesús Molina**, virgen († 1883). Fundadora del Instituto de las Hermanas de Santa Mariana de Jesús, en Riobamba, Ecuador, para acoger y educar a niñas pobres.

13. **San Antonio de Padua**, presbítero y doctor de la Iglesia († 1231).

Beato Gerardo de Claraval, monje (†1138). Dejando la carrera militar, ingresó en el monasterio de Claraval, Francia, dirigido por su hermano San Bernardo. Fue dotado de gran inteligencia y discernimiento espiritual.

14. **Solemnidad del Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo.**

Santos Anastasio, presbítero; **Félix**, monje; y **Digna**, virgen; mártires (†853). Muertos el mismo día en Córdoba, España.

15. **Santa Germana Cousin**, virgen († 1601). *Ver página 2.*

16. **San Aureliano de Arlés**, obispo (†551). Por sus cualidades espirituales fue nombrado Obispo de Arlés a los 23 años y, en seguida, Vicario de la Sede Apostólica en la Galia, actual Francia. Fundó en Lyon dos monasterios.

17. **Santos Nicandro y Marciano**, mártires († c 297). Soldados decapitados en Silistra, Bulgaria, en tiempos de Diocleciano, por negarse a sacrificar a los dioses paganos.

18. **Santa Isabel de Schönau**, religiosa benedictina (†1164).



Tumba de San Albano - Catedral de St. Albans, Inglaterra

Michael Reeve (CC3.0)



Pintura de los 26 mártires de Tonkín (actual Vietnam), entre ellos San Lucas Vu-Ba Loan

19. Sagrado Corazón de Jesús. San Romualdo, abad († 1027).

20. Inmaculado Corazón de María. Beato Francisco Pacheco, presbítero, y compañeros, mártires († 1626). Misionero jesuita portugués que, junto a sus ocho compañeros, fueron quemados vivos en Nagasaki, Japón, por su fidelidad a la Fe católica.

21. XII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Luis Gonzaga, religioso († 1591). Es considerado un modelo de pureza para la juventud de todos los tiempos.

22. San Juan Fischer, obispo y **San-to Tomás Moro**, mártires († 1535).

San Albano de Inglaterra, mártir († c. 287). Soldado pagano convertido por el ejemplo de un sacerdote que alojó en su casa. Murió decapitado después de sufrir atroces torturas.

23. San José Cafasso, presbítero († 1860). Nacido en el mismo poblado de San Juan Bosco, Castelnovo D’Asti, en 1811, se volvió amigo personal del fundador de los Sale-

sianos. Fue sacerdote en Turín y gran confesor en la Escuela de San Alfonso María de Liguorio. Fre-cuentó las cárceles para administrar el sacramento de la reconciliación a los reclusos.

24. Natividad de San Juan Bautista.

25. San Guillermo de Vercelli, abad († 1142). In-fatigable apóstol de la vi-da de oración y contempla-ción, fundó numerosos mo-nasterios en Italia meridio-nal.

26. Beatas Magdalena Fontaine, Francisca Lanel,

Teresa Fantou y Juana Gerard, vír-genes y mártires († 1794). Religiosas, Hijas de la Caridad, fueron condenadas a Muerte en Cambray, Francia, duran-te la Revolución Francesa. Las condujeron al suplicio corona-das con el Rosario.

27. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

28. XIII Domingo del Tiempo Or-dinario.

San Juan Southworth, presbíte-ro y mártir († 1654). Conde-nado y ejecutado por ejer-cer clandestinamente su ministerio sacerdo-tal en Inglaterra, du-rante el gobierno de Cromwell.

29. Beato Ray-mundo Lulio, mártir († 1316). Reli-gioso de la Orden Tercera Franciscana, de gran cultura e ilumina-da doctrina, se empe-

ñó en predicar el Evangelio a los mu-sulmanes en el norte de África.

30. Beato Januario María Sarne-lli, presbítero (†1744). Al conocer a San Alfonso María de Liguorio se hi-zo redentorista y viajaron juntos en misiones por Italia. Después se dedi-có a la evangelización de los más ne-cesitados.



Arriba, Santa Isabel de Schöнау. Al lado, relicario que contiene su cráneo, Abadía de Schöнау, Alemania



El principio de subsidiariedad

La sabia organización que el espíritu católico dio a la estructura social de la Edad Media se basaba en el principio de subsidiariedad, el cual vivificaba todas las clases, incluyendo a los trabajadores manuales. El propio Carl Marx afirmó que la edad de oro de los trabajadores fue la Edad Media. El liberalismo y el socialismo, obcecados por los errores de la Revolución Francesa, despreciaron ese principio sapiencial, lo que causó graves desgracias.

Castillo de Beeston,
Inglaterra

Las dos formas más conocidas, más consagradas de la democracia son la socialista y la individualista. La democracia individualista, también llamada liberal, considera que el triple lema sobre el cual la Revolución Francesa pretendió construir el mundo moderno – libertad, igualdad, fraternidad – se ejecuta por medio de un régimen en el que todo el poder viene del pueblo, de donde, para que los hombres sean verdaderamente libres, el Estado debe tener la menor interferencia posible.

El lema de la Revolución Francesa: una contradicción

Los socialistas, por el contrario, juzgan que ese lema no se realiza bien en el liberalismo porque, en el momento en que se dé libertad, necesariamente aparece la desigualdad.

Una vez que los hombres, por sus predicados y sus cualidades, son desiguales, se crea la posibilidad de que uno se enriquezca, se haga más célebre que otro; y después, naturalmente, transmitir eso a los hijos por vía de sucesión, y por esta forma se establecen desigualdades de familias y de educación.

Entonces es necesario que haya un Estado muy autoritario que intervenga para asegurar la igualdad, obligando a las personas a tener más o menos el mismo nivel. Se llegaría a la conclusión de que el lema de la Revolución Francesa apenas existe en la apariencia, habiendo una contradicción por la cual quien quiera realizar la igualdad con la libertad no lo consigue, pues una trae el sacrificio de la otra: quien quiere la libertad perjudica la igualdad, quien desea la igualdad perjudica la libertad.

Esa situación dio origen, ya en el Siglo XIX y después en el Siglo XX, a discusiones, polémicas, luchas partidarias e incluso a guerras civiles sin fin. Es el caso de preguntarse, cómo es que en el Siglo XIX las personas no veían los absurdos de esas dos formas de gobierno.

Antes de entrar en la exposición de lo que sería una democracia equilibrada, verdaderamente católica, debo mostrar un poco, cual es el último fundamento de esas dos posiciones, de manera que podamos comprender, cómo cada una fue llevada por una unilateralidad, a no ver lo absurdo de la otra posición. Así entenderemos mejor lo que hay de sensato y buen criterio en la postura católica.



Estatua de la libertad,
Nueva York, EUA

William Warby (CC3.0)

Según el liberalismo, el Estado solamente debe vigilar para que no haya crímenes

Para que entendamos bien el individualismo, necesitamos considerar los principios del liberalismo, uno de los cuales es el siguiente: el hombre naturalmente es bueno y, por tanto, si se le concede la libertad, hace el bien. Aplicado a nuestro país, por ejemplo, el bien de Brasil es el bien de los brasileños. Ahora bien, cada brasileño entiende mejor que nadie cuál es su propio bien. Luego, si le damos a cada

Divulgación (CC3.0)



Lenin haciendo un discurso, en la Plaza Roja, en 1919



LA SOCIEDAD ANALIZADA POR EL DR. PLINIO

brasileño la libertad, buscará del mejor modo posible su propio bien. Conclusión: si le damos la libertad a noventa millones de brasileños, Brasil realizará su propia felicidad. Por lo tanto, libertad es igual a felicidad.

A eso se le hace la siguiente salvedad: Ese raciocinio es exagerado, pues hay conflictos de intereses en los cuales la libertad absoluta puede llegar hasta el crimen.

A lo que el liberal responde que es verdad, y por eso la función del Estado consiste exclusivamente en asegurar un gobierno que evite las acciones de carácter criminal, las injusticias. Desde que sean evitadas las injusticias y los crímenes, que se dé libertad a todo el mundo para llevar cada uno su vida como quiera. El Estado es principalmente policial y judicial, hace leyes para impedir crímenes, tiene una policía para capturar a los criminales, un aparato judicial para juzgar, encarcelar, o matar, conforme la legislación, a las personas que hayan cometido crímenes.

Fuera de eso, el Estado no debe hacer nada. Entonces, dirigir el comercio,



Michal Mañas (CC3.0)

Estátua de la Justicia,
Palacio de Justicia,
República Checa

hay una amplia libertad, alcanzan una gran prosperidad, y argumentan que, en los Estados Unidos, en la época en que esas preguntas se levantaban, estaban en plena fase de progreso.

Ese ejemplo de Norteamérica se justificaba de la siguiente manera: si el hombre está hecho para ser libre, entonces el mejor modo de explotar los recursos naturales debe ser la libertad, porque la naturaleza no puede estar en contradicción. Y si está en la naturaleza del hombre ser libre, también debe estar en la naturaleza de la agricultura, de la pecuaria, del comercio y de la industria, que sean ejercidas por hombres libres, de lo contrario habría un choque en el orden natural.

Entonces, a esa bondad del hombre correspondería una bondad de la naturaleza. El orden natural es bueno, el hombre trabajando a gusto no puede causar una colisión. ¡Viva Estados Unidos, esa es la experiencia!

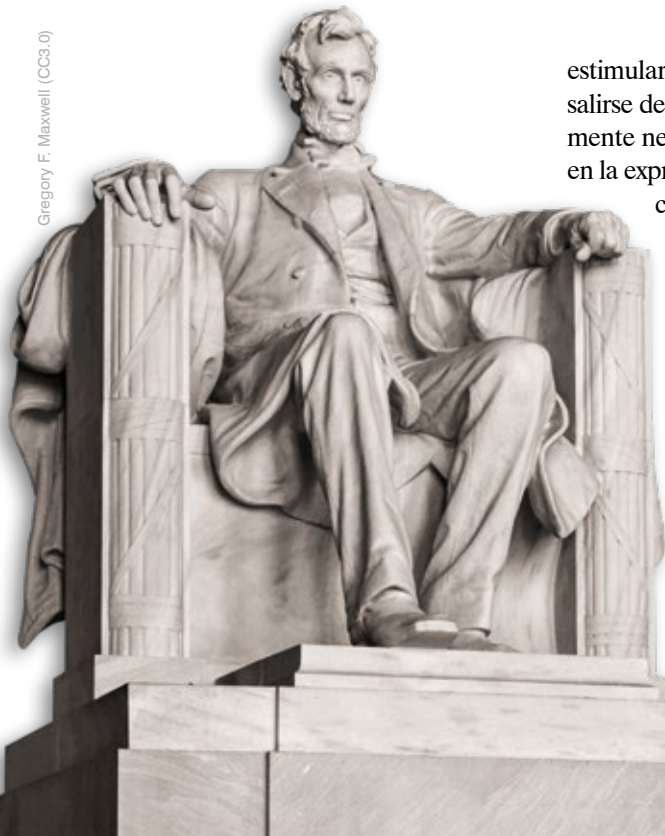
Fácilmente se comprende que esa doctrina, en el Siglo XIX, causó mucha admiración, porque también fue practicada por otra gran potencia industrial de la época: Inglaterra. Durante gran parte del Siglo XIX, Inglaterra fue fundamentalmente liberal y, siendo la reina de los mares, constituía el mayor imperio financiero de la Tierra, de manera que la vida económica del mundo se regía mucho más a partir de Londres que de Washington. Las dos naciones más liberales de la Tierra estaban en el ápice de la conquista, del liberalismo, del progreso.

También había otra nación súper liberal, que, si bien era pequeña, funcionaba como un reloj: Suiza. Entonces, se argumentaba: Suiza es una nación liberal, reuniendo pueblos de tres lenguas diferentes – alemán, francés e italiano – conviviendo perfectamente unos con otros; entre ellos no hay problemas porque se les dio libertad. ¡La libertad es la fórmula!

estimular la cultura, las bellas artes, es salirse de su tarea. El Estado exclusivamente necesita evitar el crimen lo que, en la expresión de los liberales se llama celar por el orden público y las buenas costumbres. Así, evitando cualquier infracción al orden público y las buenas costumbres, el Estado realizó su tarea.

Países prósperos, modelos de liberalismo

Para los liberales, la mayor prueba de la eficacia de ese sistema es el hecho de que las naciones en las que



Gregory F. Maxwell (CC3.0)

Convulsión social en las relaciones entre patrones y empleados

Entre tanto, esa impostación apenas duró algún tiempo, porque sobre todo en Inglaterra y en los Estados Unidos, se comenzó a constatar que, por la propia presión del desarrollo económico, la libertad tan mencionada, estaba engendrando absurdos. El primero de ellos estaba en las relaciones entre patrones y trabajadores.

Efectivamente, se verificó por parte de los patrones una tendencia a oprimir a los trabajadores, pagándoles el menor salario posible. Eso ocasionó en Europa las primeras crisis sociales.

Esa tendencia encontraba su causa en el propio progreso. Cuando se introdujeron en las fábricas europeas las primeras grandes máquinas, que provenían del progreso de la metalurgia en el Siglo XIX, ocasionó la dimisión de decenas y hasta centenas de trabajadores, conforme a las capacidades y las características de la má-

quina y de la industria. Lanzados así en la miseria, esos trabajadores pasaban a constituir una mano de obra fácilmente explotable por los patrones que, debido a la gran cantidad de desempleados, contrataban obreros pagando salarios muy bajos.

Esa tremenda opresión del patrón sobre el obrero se generalizó por todos los países que poseían industrias.

Considerando solamente ese campo de la vida social, se nota cómo una libertad completa no es posible. Y los socialistas tomaban esa imposibilidad –que realmente dio origen a las agitaciones sociales, conflictos graves de todo orden en Europa y Estados Unidos – para tratar de imponer la igualdad por medio de leyes niveladoras.

Por ejemplo, disminuyendo las diferencias entre el salario del trabajador manual y el del trabajador intelectual, dirigiendo la economía de manera que, en las relaciones capital-trabajo, la distinción entre patrón y obrero también tienda a desaparecer.

En esa lucha entre patrones y trabajadores se crearon los sindicatos de trabajadores que se revelaron más poderosos que las asociaciones de patrones, pues a los obreros, haciendo una huelga, el gobierno socialista los mantiene, pero si la empresa se paraliza durante la huelga, el que pierde es el patrón porque es obligado a mantener toda una estructura costosa, corriendo el riesgo de la quiebra.

Esos sindicatos comenzaron a tomar la dirección y a imponer la proletarización de las industrias y a tener más poder en el Estado, de manera que ya Pío XII señaló el peligro de que los gobiernos sean dominados por la presión sindical.

Mito comunista al estilo de una religión fanática

Se comprende perfectamente que liberales y socialistas no hayan visto su propio error durante algún tiempo, pues unos y otros estaban obcecados por las máximas de la Revolución



Industria de fundición de hierro en el siglo XIX - Galería Nacional, Berlín, Alemania



LA SOCIEDAD ANALIZADA POR EL DR. PLINIO

Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Máximas fundamentalmente falsas en la perspectiva en que esa Revolución las concibió. Por otro lado, porque antes de poner en práctica esas teorías, todo parecía bonito; cuando se iba a aplicarlas, daba un verdadero desastre. Desastre del socialismo, por ejemplo, es la caída de la producción. En todos los países socialistas la producción cae porque no hay estímulo para el progreso. Imaginen un buen dactilógrafo consciente de que, si trabaja mucho, será bien remunerado, quizás promovido, y permanecerá varios años en una empresa como excelente profesional. Si bien no pasa de ser un dactilógrafo, el sueldo va subiendo, porque será disputado por otras empresas, y por causa de eso, podrá imponer el salario que quiera.

Supongamos otro dactilógrafo consciente de que, por más que trabaje, no va a ganar más que un determinado valor, pues el socialismo nivela los sueldos. Ese hombre no va a trabajar con ahínco. Al contrario, va a producir lo mínimo posible.

El resultado de esa política lo vemos en los países comunistas, don-



Adán trabajando fuera del Paraíso – Museo de Navarra, Pamplona, España

de no hay ninguna promoción y los salarios están todos nivelados. Consecuencia: las producciones decaen, todo el mundo holgazanea. De ahí la pobreza de esos países.

¿Cuál es la razón por la que los comunistas, llevados por el mito de la igualdad, quieren imponer a toda costa ese régimen al mundo entero, a pesar del fracaso? Evidentemente porque

ellos tienen un mito al estilo de una religión fanática, por el que la igualdad en la miseria es mejor que la desigualdad en la prosperidad.

Necesidad de la autoridad

Veamos ahora en líneas generales, la posición de la Doctrina Católica frente a esos problemas. El hombre fue constituido por Dios de tal manera que hasta en el Paraíso terrestre habría necesidad de una autoridad. Si Adán y Eva no hubiesen pecado, sus descendientes continuarían en el Paraíso y allí constituirían la sociedad humana.

Naturalmente, todo sería diferente de lo que es hoy. Por ejemplo, exentos del pecado original, los hombres no estarían sujetos a las enfermedades ni a la muerte. Su trabajo sería un ejercicio agradable de sus facultades para alcanzar objetivos equilibrados de progreso, con el empleo de tiempo delicioso, y, por tanto, nadie procuraría evadirse del trabajo. Por otro lado, el hombre tendría un dominio y un conocimiento extraordinarios de la naturaleza. Eso determinaría una organización de la vida



Escenas de la Revolución Rusa

completamente diferente de lo que es hoy en día. No obstante, los hombres organizarían una civilización.

Ahora bien, a pesar de la gran inteligencia y de la voluntad recta de todos los hombres en el estado de inocencia con la gracia, la Iglesia nos enseña que sería necesaria la existencia de una autoridad, no para reprimir los crímenes, pues éstos no existirían, sino con el fin de mandar. Porque las personas tienen puntos de vista diferentes y es necesario que haya quien mire para la esfera de acción colectiva, que preste atención no apenas en el bien privado, sino que le diga a cada uno cómo actuar a favor del bien común.

Esa autoridad, por tanto, proviene de la naturaleza de las cosas. Y como Dios es el Autor de la naturaleza, toda autoridad viene de Dios y es necesario respetarla. Considerar que la autoridad sólo existe para la mera represión del crimen es un verdadero disparate.

Entonces, nos preguntamos ¿cuál es el límite de la autoridad?, ¿cómo podemos limitarla de manera que ella no termine en los absurdos del liberalismo ni del socialismo?

En el sapientísimo principio de la subsidiariedad se concilian la libertad y la autoridad.

Para eso, la Doctrina Católica usa un principio muy empleado en la Edad Media y que dio, en aquella época, los mejores resultados: el principio de la subsidiariedad.

Efectivamente, hay diversas situacio-

nes para las cuales el hombre, o incluso un grupo, no se basta a sí mismo, necesitando ser auxiliado, subsidiado.

Podríamos ejemplificar con varias familias viviendo en torno a una fábrica o de una iglesia. En cierto momento, el número de familias se hace bastante grande como para comprender la necesidad de un gobierno que haga lo que en una familia se hace: cuidar de las calles, de los andenes, de la iluminación pública y de una porción de cosas análogas. Como una familia no puede hacer eso, se constituye un municipio que da a las familias lo que ellas solas no podrían tener.

Lo mismo se podría decir de los municipios. Varios municipios de una misma zona se congregan para formar un Estado, porque unidos entre sí, tratan mejor de los intereses comunes. Cada municipio es tan libre cuanto posible, pero lo que no puede hacer solo, el Estado lo realiza para los varios municipios.

Para dar el ejemplo brasileño, la Federación o los Estados Unidos del Bra-

sil, existen para asegurar al conjunto de los Estados aquello que cada uno no consigue por sí solo: ejército, marina, aeronáutica, relaciones exteriores y toda una serie de otros recursos que sólo la federación puede obtener en cantidades y proporciones suficientes.

El principio de subsidiariedad se compone de los siguientes elementos: primero, la idea de que la sociedad está constituida de miembros vivos; segundo, cada miembro debe tender libremente a bastarse a sí mismo; tercero, esa autosuficiencia tiene límites; cuarto, esos límites conducen a una jerarquización que rige los límites de la libertad y de la autonomía de la siguiente manera: lo que cada uno no consiga realizar por sí mismo, el grado superior lo suple. Así, tanto cuanto sea posible, libertad en la base; tanto cuanto sea necesario, autoridad en la cúpula. De esta forma se concilian libertad y autoridad. Este es el sapientísimo principio de la subsidiariedad que no lleva ni al liberalismo ni al socialismo.



Aldea del Abuelo, Coimbra, Portugal



Murallas del Castillo de Beeston, Inglaterra

Observen cómo los revolucionarios no hablan de esto. Los socialistas y liberales discuten entre sí como si el principio de subsidiariedad no existiese, a pesar de que es mencionado en las encíclicas del Magisterio de la Iglesia, por los buenos sociólogos católicos de todos los tiempos, a pesar de que fue ampliamente practicado en la Edad Media. Ese principio no es considerado, ni por los liberales ni por los socialistas, porque es contrario a la manía de ambos. Es decir, no da lugar ni a la libertad completa ni a la igualdad total con las que soñaba la Revolución Francesa, pues ese principio establece una jerarquía y limita tanto la autoridad como la libertad, y eso irrita a los revolucionarios.

Cómo surgió el feudalismo

En la Edad Media, ese principio tuvo aplicación en el feudalismo. Eso se comprende mejor, considerando cómo surgió la mayor parte de los feudos.

Imaginemos las tierras labradas, cultivadas, en el tiempo de Carlomagno. Comienzan a aparecer las invasiones de los hunos, normandos, sarracenos, etc. Las comunicaciones entre las varias partes de un país eran muy difíciles por causa de las malas carreteras; de repente aparecen los hunos. El resultado es que todos los trabajadores tienden a

reunirse en torno de la casa mayor, más fuerte, más rica, y desde ahí luchar para defenderse contra el invasor.

Siendo que la casa del patrón es del interés de todos, se fue transformando poco a poco en castillo: se construyeron las torres, primero de madera y después de piedra, para poder ver de lejos al enemigo que venía. Avistado el enemigo, desde lo alto de la torre tocaban la campana o el olifante para reunirse todos en la casa del patrón, y en la torre resistían.

También, poco a poco, fueron haciendo murallas cada vez mayores y también con sus torres, los fosos de agua, todo construido de común acuerdo entre los dueños de la propiedad y los trabajadores, para no ser muertos o aprisionados por los bárbaros invasores. El castillo nació, por lo tanto, de la necesidad de todos de defenderse.

Era necesaria una autoridad para dirigir el castillo y la resistencia contra el adversario. Ahora bien, la autoridad es el patrón.

En época de paz, el patrón hacía de juez y de alcalde en la zona donde el castillo estaba construido, y se convertía en señor, o sea, agricultor con funciones de juez y alguacil en el lugar donde vivía.

Pero las invasiones normandas, hunas, eran muy grandes, y se hacía conveniente e incluso necesario establecer vínculos entre varios dueños de castillos. La resistencia se plantea en torno del más poderoso y, cuando un castillo es amenazado, llevan todas las tropas para defenderlo. Se creaba, así, una jerarquía de señores feudales, en cuya cima estaba el rey.

¿Cuál es el principio de un feudo? Un señor feudal manda en su tierra



Castillo de los Templarios - Castelo Branco, Portugal



Paisaje con el Castillo de Harlech, Reino Unido

JL-Elle (CC3.0)

y hace en ella todo cuanto puede. El señor feudal superior sólo interviene allí para realizar lo que el señor feudal menor no consigue hacer. El rey sólo interviene en la esfera de la autoridad del señor feudal superior por el mismo mecanismo.

El feudalismo no fue planeado, no hubo un sociólogo que se sentó, comenzó a dibujar una “f” bonita, escribió “Feudalismo” y, habiendo inventado una palabra, pensó: “Ahora voy a inventar una realidad”. Nació naturalmente de las invasiones y de las aplicaciones del principio de subsidiariedad.

Aplicación del principio de subsidiariedad a las ciudades, universidades y condiciones de trabajo

En algunos lugares se formaron ciudades que por ese mismo mecanismo se fortificaron. Pero como no

nacieron de la agricultura, esas ciudades no tenían ningún propietario para ser su jefe, y comenzaron a elegir autoridades. Esa organización electiva nació del orden natural de las cosas, e iba tan lejos que, en varias ciudades, cada barrio poseía su pequeño gobierno, un alcalde para gobernar el barrio. Hasta tal punto ellos amaban ese principio de subsidiariedad del poder público pequeño y próximo al individuo que está siendo gobernado.

Un ejemplo de eso fueron las universidades que eran colosales. Una universidad ocupaba un barrio, en el cual, el rector de la universidad mandaba en todo. Era el alcalde, el alguacil de policía, el juez, y nadie mandaba dentro de la universidad a no ser el rector.

Esa estructura se aplicaba también al trabajo. En la Edad Media las condiciones de trabajo daban mucho más valor al hombre y menos a la máquina: la época era poco mecani-

zada y las máquinas existentes eran primitivas y pequeñas, en general de madera. El trabajador valía más que la máquina y no existía propiamente el capitalista como existe hoy en día, que pone dinero para montar una fábrica. Todos eran artesanos y los obreros comenzaban como aprendices; su talento contribuía mucho más para la producción que la máquina. Los mejores se convertían en maestros.

La fábrica era, por lo general, un cuarto o dos en el mismo edificio donde vivía el dueño de la empresa, y los obreros comían con la familia del dueño. Aquello formaba una especie de familia grande en la que el maestro mandaba porque era el más competente, y si se retiraba también se retiraba la feligresía. Ésta era la preeminencia, basada, por tanto, en el trabajo.

En la Edad Media, la costumbre tenía una importancia enorme. Los medievales adoptaron la costumbre



Anónimo (CC3.0)



Anónimo (CC3.0)

hijos por orden de edad, después de los hijos, van los esclavos. Por donde iba el padre, caminaba toda la familia.

En general, el padre de familia dejaba el patrimonio al primogénito que debería gestionar la propiedad, sin descuidar el indispensable auxilio a los hermanos más jóvenes. Aquí vemos una vez más la aplicación del principio de subsidiariedad.

Los hijos más jóvenes del señor del castillo iban a probar fortuna en otras tierras, pero si el fracaso, la tragedia o la enfermedad sobrevienen, tenía derecho a volver al castillo con su familia, encontrando allí una especie de instituto de retiro y pensiones.

Entre tanto, aquellas gentes estaban habituadas a la aventura, tanto más que la monotonía de la vida agrícola los impulsaba a eso. Entonces, la mayor parte de ellos hacía un esfuerzo tremendo para progresar, lanzándose en la aventura. De ahí aquella atmósfera que más tarde se reflejaría en D'Artagnan y los tres mosqueteros – Athos, Porthos y Aramis –, o con Cyrano de Bergerac. Los hijos menores dejaban la vida monótona del campo con la esperanza de que, si combatían como leones, podrían alcanzar altos puestos y vol-

de reunir todos los establecimientos de un mismo oficio, lo que en aquellas ciudades pequeñas era muy fácil, Así, quien quisiese comprar una joya iba a la calle de los orífices, quien estuviese en la búsqueda de zapatos se dirigía a la calle de los zapateros, y así sucesivamente.

Los hombres que ejercían una determinada profesión fueron constituyéndose en corporación, con dirección propia. Así, tan pronto se formaba un todo, ese todo se organizaba y reivindicaba su autonomía. Era el principio de subsidiariedad.

Un gran hospital como la Santa Casa de Misericordia, en São Paulo, en la Edad Media sería autónomo, al estilo de un pequeño municipio: tendría sus propias leyes, autoridades e incluso policía, juez y cárcel.

La familia era el modelo de la sociedad humana

La célula principal, el fundamento de la sociedad era la familia, considerada como el modelo de la sociedad humana. En Francia, los juristas empleaban una expresión muy bonita para definir lo que era la familia en función del Estado: decían que el

padre era el rey de los hijos, y el rey era el padre de los padres. De manera que el régimen era paterno.

Eso se nota mucho en antiguos grabados brasileños del tiempo de la colonia, en los cuales se ven familias portuguesas o luso-brasileñas saliendo los domingos. En general, al frente iba el padre, un "portuguesón", a veces con un cigarro puro, un bastón, un sombrero de dos picos y andando como a quien nada le preocupa. Detrás va la esposa, después los

Anónimo (CC3.0)



Anónimo (CC3.0)

verse, ellos mismos, dueños de grandes castillos.

La sed de aventura era así estimulada por la siguiente idea: “Si voy a la ciudad, más aún, si voy apoyado por mi hermano mayor, puedo hacer una gran carrera. ¡Qué delicia! Si me quedo en el campo, no mando, soy un puro pensionista. ¡Qué monotonía! Entonces, voy a arriesgarme. Por otro lado, sé que si fracaso tengo dónde refugiarme”.

La misma cosa sucedía, a su manera, con los trabajadores manuales. En ocasiones estos eran arrendatarios hereditarios de una parte de las tierras del señor feudal, y trabajando allí, podían vivir bien. Si sus descendientes o colaterales iban allí por una necesidad, naturalmente se apretaban más, no obstante, tenían el mismo derecho; correspondía, en punto menor, a la situación del señor del castillo.

Pero también entre ellos, el linaje de los hermanos menores, salía en busca de nuevas tierras a ser trabajadas, a veces recibidas del señor feudal o del rey mediante un pago que las cosechas debían proporcionar. De esta forma la familia se extendía, y en torno de ella se constituía ese principio de subsidiariedad.

Era, nuevamente, la línea primogénita de la familia ayudando a los no primogénitos, pero éstos debían dar de sí todo cuanto pudiesen. Si fracasaban, la línea primogénita los ayudaba.

De ahí que fuesen contrarios a la repartición igual del patrimonio, porque entonces nadie podía garantizar nada para nadie. Mientras que, por ese sistema, funcionaba un verdadero instituto de jubilación y pensiones, de tamaño pequeño y doméstico.

Poder público influenciable por los individuos

Esos principios existían en la Edad Media y fueron practicados con tan gran éxito, que el propio Karl Marx, en una de sus obras, afirmó que la era de oro de la clase trabajadora fue la Edad Media. He aquí la sabia organización que el espíritu católico había dado a la estructura social. Esa estructura estaba basada en el principio de subsidiariedad.

Se trata, en esa organización, de la formación de innumerables corpúsculos que dirigen la vida del hombre en la medida en que ellos necesitan una organización, y esos corpúsculos se encajan constituyendo una verdadera malla de autoridades.

Uno de esos “alcaldes” de calle sufre mucho más la influencia de aquellos en quien él manda, que un alcalde de una gran ciudad, como São Paulo, con millones de habitantes. La distancia es demasiado grande.

El alcalde de calle vive en aquella misma vía pública; y cuando algún vecino está descontento, sin pedir audiencia va a su casa y le dice: “Fulano, hay suciedad frente a mi

casa, porque nadie la limpia. Ordene que la limpien”. Y los dos llaman al encargado. Es decir, toda la relación es próxima y personal. Entonces se ejerce una influencia del individuo en el gobierno, y al hombre le interesa mucho más influenciar en la propia calle que en el Estado, porque él no vive en el Estado, y sí en aquella vía pública.

También el fabricante o el industrial. El trabajador manual tiene contacto directo con su corporación con decenas o centenas de trabajadores o industriales. En la hora de la elección, su voto tendrá importancia, pues el voto de uno en cien o doscientos pesa en la balanza. Así, el poder público es muy influenciado por los individuos, y esa es una forma de democracia.

La costumbre

Otro aspecto democrático es la costumbre. Cuando se establece una costumbre, se crea un derecho. Por ejemplo, en una determinada calle, un cierto hombre, desde tiempos inmemorables, tiene el hábito de atar su caballo en una determinada argolla, que está afuera de su casa; si en una o dos generaciones se hace así,



Jean-Baptiste Debret (CC3.0)



nadie más puede ir contra eso, es un derecho adquirido porque fue aprobado por todos y, a menos que se pruebe que eso comenzó a ser nocivo para todos, esa costumbre subsiste. No son leyes generales hechas para millones de hombres, sino situaciones individuales que la costumbre va creando para éste o aquel. A tal punto que había familias, a veces de la plebe, en que la ley o sistema de herencia de los bienes era diferente de lo que estaba en vigor en las otras familias. Probaban la existencia de la costumbre, y el juez la aplicaba; ¿Por

qué? “Porque en nuestra familia el temperamento, el gusto es así”.

Por ejemplo, había en una región de Francia una costumbre curiosa: quien heredaba la fortuna del padre fallecido no era el primogénito, y sí el más joven, porque juzgaban que éste tendría mejores condiciones de llevar adelante la fortuna de la familia. Es un punto de vista que, una vez constituida la costumbre, era acatado por la legislación. Así, la gran mayoría de las leyes era hecha por la costumbre, que el rey sólo anulaba cuando estas se hacían injustas.

No existía la clase de los políticos profesionales

Eso tiene como resultado curioso el impedir el surgimiento de la clase de los políticos profesionales, porque nadie hace carrera siendo director de una pequeña unidad. La persona sólo dirige esa unidad porque los otros lo piden. Eso le da un poco de prestigio, pero es una actividad colateral.

Incluso un señor feudal, que gobierna toda una extensa región, no es principalmente gobernador, sino un agricultor, vive de sus tierras que él tiene que hacer valer para tener el prestigio necesario y mantener su familia. Secundariamente es el gobernador de aquellas tierras y, por lo tanto, no es un político profesional.

Ese sistema de gobierno no tiene los defectos del liberalismo ni del socialismo. Todos poseen una influencia en el Estado, pero en el ámbito en que entienden, y está en su campo de acción más inmediato. Hay incluso elecciones libres, pero no existe la figura del político profesional. La política como tal está ligada a la profesión de cada uno, a la vida de todos los días, y todo el mundo cuida de su propia existencia.

Es profundamente diferente del Estado liberal democrático donde hay una clase de políticos que viven de hacer leyes y de ocupar cargos públicos, elegida cada cuatro años, por una gran masa pública que casi no se conoce y que, fuera de las elecciones, no tiene ninguna o casi ninguna influencia en el panorama público.

La situación anteriormente descrita yo reputo que es más democrática, en el buen sentido de la palabra. Un régimen en el cual, a pesar de que no sea igualitario ni liberal, existen la igualdad y la libertad legítimas. ❖

(Extraído de conferencia de 4/1/1975)



Dr. Plinio en la década de 1970

Altanería y estabilidad sacrales

En este castillo estuvieron los cruzados que lucharon contra los moros. Hay en él un contraste armónico entre la altanería y la estabilidad, que de algún modo marca la sacralidad de la fortaleza. Cuando venga el Reino de María y de nuevo la luz del Espíritu Santo brille en la Tierra, ¡qué altanería y estabilidad magníficas tendrá ese Reino, pues será muy superior a la Edad Media!



El panorama que vamos a comentar se compone básicamente de tres elementos: el Castillo de la Mota – en Medina del Campo, España –, el cielo y el árbol.

Murallas altas, bellas, dignas

En el castillo, que evidentemente es la nota dominante, encontramos dos aspectos principales: las murallas, en las cuales se destacan los grandes torreones de ángulo, que sobresalen como un elemento enteramente distinto de las murallas, y la torre que, a su vez, es la nota dominante del castillo.

Me parece más interesante comenzar por analizar el castillo, partiendo del elemento secundario para después pasar a lo principal. El elemento secundario está constituido por las murallas y los torreones que las integran.

Las murallas son altas, bien trabajadas, bellas, dignas, altivas. Sin embargo, no tienen nada de extraordi-

nario. Ellas poseen una belleza real, pero frecuente en muchos monumentos medievales de ese tipo. A propósito, hay murallas muchísimo más bonitas que esas. Al menos para mi gusto, la muralla de una piedra sombría, un granito oscuro y “preocupado”, expresa mucho más todo cuanto la muralla tiene que expresar que esa piedra un poco blanca, que se vuelve más reluciente por la luz del sol, con una apariencia festiva, no pareciendo propiamente militar, como era la finalidad de las murallas en aquel tiempo. Yo hasta llegaría a llamarla una muralla plácida, tranquila. Ella se extiende a manera de un rectángulo, sin mayores movimientos, con los torreones intercalados simétricamente, sin mayor fantasía, obedeciendo simplemente a una necesidad militar, pero sin ninguna preocupación de estética más particular.

Torre altanera, fuerte, firme

En contraste con ese aspecto y, por lo tanto, realzándolo, viene la torre alta, imponente, que desafía y se yergue muy por encima de la muralla, haciendo de ésta casi como el velo o manto que pende de la cabeza de una reina. La diferencia de altura, de poesía, de fantasía, de imaginación que va de la torre a los muros es enorme. Por esta forma, se destaca extraordinariamente la torre, tornándola verdaderamente la nota dominante.

Como dije antes, las murallas se yerguen altivas. Entretanto, la altanería de la torre está realzada por los torreones de ángulo que le dan la fisonomía especial. La torre se yergue altanera, pero al mismo tiempo robusta, fuerte, firme, como quién dice: “Yo miro de arriba, desafío, pero resisto. No tengo miedo de nada. Mi ángulo está dispuesto a cortar los oleajes de los adversarios como la proa de un navío hiende los mares. Para mí nada de inseguridad. Estoy dispuesta a resistir de cualquier forma, a todo trance. A mí nadie me derrumba. Ni siquie-



José-Manuel Benito (CC3.0)



Chelocom (CC3.0)



Wamba Wambez (CC3.0)

ra después de abandonada y aislada, habiendo sido retirado de mí cualquier uso militar, dejaré de ser una proclamación viva de los ideales a los cuales serví.” Se diría que por encima de los siglos ella espera otros adversarios para prestar nuevos servicios a los mismos ideales. Ella está intacta. Para ella el tiempo, el abandono de los hombres, la alteración de las circunstancias no quiere decir nada. Ella espera serena, el fin del mundo y no teme el juicio de Dios.

Es una afirmación de un estado de espíritu de conciencia tranquila que camina para la muerte y la eternidad sin preocuparse con ellas. Así veo yo la fisonomía de esa torre.

El cielo muy azul y la luz que vence en el castillo, ¿de qué manera colaboran para componer el panorama?

Fortaleza ufana, pero triste

A mi ver, ese castillo, como se encuentra, da la impresión de un esqueleto calcinado por el sol. Se nota que la vida de todos los días no se desarrolla más en él. Se tiene la impresión de que, por dentro, está más o menos abandonado. Por causa de eso, se tiene también la sensación de una especie de inmenso naufragio, cuya tristeza y cuyo abandono son acentuados por el esplendor de la luz solar, como quién dice: “La luz vence, la naturaleza toda se alegra indiferente a la tristeza del castillo.”

La fortaleza está ufana pero triste. Hay en ella cualquier cosa que no tiene nada de ruina, mas anuncia la ruina de un orden de cosas que hubo dentro de ella.



Zoser (CC3.0)



Comtando Estrejas (CC3.0)



Sin embargo, ese es apenas un aspecto. Por otro lado, hay una cierta alegría que la luz del sol comunica al castillo. Alguna cosa que da la impresión de una esperanza de revivir. Y hay una melancolía y un élan que, juntos, producen una sensación un poco indefinida. No se sabe bien si es de victoria o de tragedia. A mi ver, en el fondo, es la conjugación de las dos cosas.

El árbol comunica un poco de vida al conjunto del paisaje. Si lo imaginamos sin el árbol, esa impresión de desolación se acentuaría aún más. Se diría que un poco de savia, de la sonrisa de la vida concreta se recuesta junto al viejo castillo y da un poco de animación a aquello que está tan yerto y de tal manera calcinado por el sol.

“Represento la sacralidad contra las hordas de mahometanos que invaden”

Me acuerdo de una exclamación del Mariscal Mac Mahon¹ durante la Guerra de Crimea la cual yo cito por causa de la concisión francesa que la caracteriza: “*J’y suis, j’y reste* – Aquí estoy, aquí me quedo.” Esa afirmación, que en su simplicidad es muy altiva, podría ser aplicada a esta torre. Ella por así decir, mira muy de arriba a todos sus adversarios, pero que está agarrada al suelo como afirmando: “¡Este suelo es mío y de aquí nadie me saca! ¡Yo me quedo!”

Mas no es sólo eso. Una cosa es la altanería de Mac Mahon, otra es la de una torre medieval. Es decir, es preciso comprender la altanería, la persistencia, la estabilidad, no como la de un hombre – por ejemplo, Mac Mahon – durante una guerra, mas de una era, de una civilización, de una cultura. Es, en último análisis, la estabilidad y la altanería de la Fe católica. O sea, gente que no cree en la vida eterna no es capaz de tener este tipo de altanería y estabilidad simbolizadas por esa torre. No es la altivez de quien se compara con el adversario para declarar: “¡Yo soy más!” Pero de aquel que, por así decir, toca en el cielo y afirma: “El cielo en que yo toco es incomparablemente más. Represento aquí el Cielo, Dios Nuestro Señor, la sacralidad contra las hordas de mahometanos que invaden.” Es, por lo tanto, una altanería y una estabilidad sacrales. Me parece que la sacralidad está fuertemente presente ahí.

Así yo definiría ese castillo.

Contraste armónico entre altanería y estabilidad

Debemos procurar recordar que aquí estuvieron los cruzados; ese castillo fue utilizado en la lucha contra los moros. Vemos bien el alma católica que se expresa, por ejemplo, en la parte superior de la torre. Ella es casi toda lisa, encima las almenas y los torreones se acumulan,



y hay cualquier cosa de cargado en el tope que lleva a lo alto, difícil de expresar. Ese contraste armónico entre la altanería y la estabilidad de algún modo marca también la sacralidad del castillo.

De donde se podría decir: “¡Oh altanería católica, oh estabilidad católica, oh Espíritu Santo estable y altanero!” E imaginar, por ejemplo, Pentecostés, con las lenguas de fuego cayendo, en que todas las virtudes estaban simbolizadas, cómo sería allí la altanería y la estabilidad. Es una verdadera maravilla.

O entonces conjeturar, cuando venga el Reino de María y de nuevo la luz del Espíritu Santo brille en la Tierra, cómo será la altanería y la estabilidad. Si el Reino de María será más que la Edad Media, ¿qué altanería y estabilidad magníficas tendrá?

Debemos tener los ojos puestos en eso. Es la trascendencia que va hasta el Espíritu Santo, y tiene una proyección profética para el futuro.

Desaparecimiento gradual de los castillos

Con el paso del tiempo, se fueron haciendo fortificaciones cada vez menos bonitas y menos elevadas, hasta llegar a lo anodino, hasta precipitarse en la fealdad. Hay todo un problema de arte militar para discutir, sobre si verdaderamente esos castillos se tornaron inútiles con las armas de fuego; yo discuto eso. Por ejemplo, cuando desde lo alto de las torres de la Bastilla los cañones dispararon al servicio de la Fronda, ellos fueron muy mortíferos. ¿Por qué entonces un arma de fuego no es útil desde lo alto de una torre? Es una cuestión que debe ser analizada.

Pero, en fin, comenzaron por hacer castillos sin torres. Y después, naturalmente, a no hacer más castillos. Entonces verificamos esa cosa curiosa: en las batallas del siglo XIX – de Napoleón, por ejemplo –, de vez en cuando hubo combates encarnizados para tomar posesión de una aldea en medio de un campo de batalla. ¿Por qué la posesión de una aldea? Porque aquellas construcciones son estratégicas para el ataque o para la defensa. Pero entonces, ¿cómo un castillo no lo sería?

El desaparecimiento gradual de los castillos, de las fortalezas, dio lugar al arte militar basado en trincheras. Comenzaba, así, la guerra de las cucarachas y de las babosas.

Es evidente que todo eso tiene una razón técnica. Sin embargo, ¿habría apenas razones técnicas? Eso sería discutible...

(Extraído de conferencia de 3/1/1975)

1) Patrice de Mac Mahon (*1808 – +1893). Estadista francés, Mariscal de Francia y Presidente de la República francesa de 1873 a 1879.





Archivo Revista

“Sean devotos de mi Inmaculado Corazón”

Siempre que me refiero a Nuestra Señora, tengo muy presente la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando adoramos el Sagrado Corazón de Jesús tenemos en consideración no solo la afectividad, la bondad, sino también toda su personalidad y conjunto de virtudes. Así también, el culto de hiperdulía que rendimos al Corazón Inmaculado de María abarca y expresa nuestro amor a su afecto, su bondad, su misericordia de Madre, bien como su pureza y todas las virtudes excelsas, poseyéndolas en un grado inconcebible por nosotros.

Este cuadro presente en mi apartamento representa a Nuestra Señora en su resplandor, teniendo tras de sí una serie de luces fulgurando, como que emanadas principalmente de la cabeza y conformando una especie de aureola. María Santísima está sujetando su Inmaculado Corazón, presentándolo a los hombres como quien dice: “Él es tuyo, yo te lo daré si me lo pides”.

Por lo tanto, es una invitación a rezar a su Inmaculado Corazón, pues Ella misma nos aconsejó: “Sean devotos de mi Inmaculado Corazón y recibirán incontables gracias”.

(Extraído de conferencia de 27/2/1992)